

logo descubrimos que se intenta representar la historia del ermitaño. Pero resulta que esto se hace imposible, el viejo solitario ocultó su vida y sólo dejó dos fechas y un cadáver.

Así es como durante dos actos no se hace más que hablar de la vida no vivida del ermitaño y se expresan reflexiones filosóficas y existenciales que la patética historia inspira, teniendo estas un sentido materialista extremo, enfermizo, obsesivo y hasta insolente.

En conclusión se niegan todos los valores espirituales y morales del ser humano; se lo reduce a sólo una estructura física. Sólo frases, reflexiones; nada puede lograrse de comunicación con el espectador, aunque en el entreacto los actores salgan a tomar café junto con el público.

Nos parece gratuito y absurdo. La única razón que se nos ocurre pueda justificar esta puesta en escena es el lograr el éxito de boletería, y cuando esta es la única razón, en el escenario pue-

da pasar cualquier cosa. Ultimamente la fórmula del éxito parece ser las palabras obscenas, los temas escabrosos, lenguaje vulgar, los gestos inmorales, personajes importados, incoherencias escénicas.

Pero también diremos que el teatro debe ser magia, ilusión, comunicación espiritual, elevación de la criatura humana, exaltación de los valores espirituales y que cuanto más se aleja de esto más profunda será la crisis que afecta al teatro.

H.O.R.



COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

CIEN AÑOS DE AMERICA

Nannina Rivarola

"Nada mata al escritor —ni siquiera el hambre— y el escritor que no escribe es sencillamente porque no es escritor". Con estas palabras Gabriel García Márquez justifica su existencia en cuanto hombre y explica sin más el porqué de su última novela: **Cien años de soledad** (Ed. Sudamericana).

Lo aceptamos; es el autor quien lo afirma; pero nosotros, lectores, podemos ver una dimensión más profunda encerrada en **Cien años de soledad**: el origen de un pueblo, su cristalización y desintegración última. Este pueblo,

para García Márquez, es **Macondo**, descrito a través de la dinastía de la familia Buendía. Y a partir de la primera pareja de los Buendía: José Arcadio y Ursula, García Márquez narra la parábola de América Latina. Personajes y ambiente, situación y espacio-tiempo, corporizan el destino de los pueblos que crecen o se desvanecen a la sombra de otros, y que arrastran consigo la cultura milenaria de sus antepasados y las múltiples frustraciones de un círculo cerrado.

García Márquez describe este proceso sin recurrir a hallazgos esteticistas lingüísticos. En las densas páginas de la novela se limita a contar, a "decir a otros" cómo es la vida del hombre de Macondo, sus costumbres, sus mitos, sus carencias y sus imaginéras. Y lo logra con una frescura poética despojada de artificios.

Cien años de soledad se estructura, en admirable equilibrio, so-

bre dos soportes: el soporte de la realidad y el de la fantasía. La combinación de estos elementos encierra un símbolo. La historia de Macondo o los Buendía es la de cualquier pueblo de América con su ritmo paciente de búsquedas, con sus luchas internas por la justicia o el servilismo, donde en última instancia "no pasa nada ni está pasando ni pasará nunca porque Macondo es un pueblo feliz" pese a que "los muertos de la plaza fueron más de tres mil".

¿Acaso son los últimos cien años de América? García Márquez condena como hecho irrepentible la soledad de una estirpe, pero abre sin embargo el misterio de los próximos cien años.

Colombiano de origen pero hombre de América, García Márquez devela junto a Rulfo, Carpentier, Cortázar y Vargas Llosa, otro aspecto de la incógnita americana. Conocer su última novela se nos impone no como un juego, sino como un deber.